

otra realidad, de otra vida, y así ocurre explícita y latentemente en la poesía de Brotons. A veces el intento se poetiza mediante las imágenes de la huída y la distancia.

Todos queremos huir de la rutina vulgar,
subir al primer tren que se detenga
en la abandonada y solitaria estación
y cruzar las fronteras,
las aduanas que nos separan,
romper las cadenas,
las verjas de hierro,
las cancelas. (...)

(La Soledad de la Luna)

A veces el proceso se hace metamorfosis travestida como ver en otros versos del poema anterior.

(...) ponernos los trajes de colores,
la capa,
el antiguo antifaz del abuelo,
el pañuelo de seda blanco,
los guantes negros,
los zapatos de charol,
el reloj de bolsillo, el lazo de artista.

A veces, con imágenes tan presentes en el romanticismo becqueriano o en la poesía pura de Juan Ramón, se busca el sueño hacia las alturas, la elevación hacia los espacios aéreos, lejanos, distantes de la realidad física de abajo. A veces, frente al ruido del mundo se recuperan lugares apartados, playas solitarias, casas deshabitadas.

El sol penetra por entre los rotos vidrios
de la vieja casa deshabitada.
Afuera se escucha un ruido de ciudad ensordecedora.
La calle,
las gentes con sus gritos de angustia y trabajo
silencia los besos de los amantes.

En el lecho yacen dormidos,
olvidados del mundo,
entrelazados sus cuerpos en una sombra,
en un bulto que se abre a los ojos del misterio.

(La Soledad de la Luna)

Del mismo modo, frente al día se recupera la noche, como herencia del romanticismo y la poesía maldita y cuyo sentido Juan Carlos Rodríguez ha explicado con precisión: refugio en lo nocturno, en la marginación entendida como superioridad frente a la norma social diurna. Es la otra cara de la vida diaria, cuando se aman los amantes, bajo la luna, la otra luz, la que ilumina la verdad oculta, casi prohibida.

También a otro paisaje, nos llevan los poemas sobre la belleza, siempre contemplada, y sobre el amor, siempre recuerdo nostálgico. Es el mundo de la belleza apolínea y del furor dionisiaco, un ámbito distinto que invierte la fealdad de lo cotidiano, que transforma los cuerpos en esculturas griegas y el amor en rito profano. Es el jardín de Apolo y Dionisos, donde los cuerpos huelen a flores y saben a frutas, poblado por ninfas y faunos, fabricado de metales